



CAPÍTULO IX.

SE DISUELVE LA REUNIÓN EN LA HACIENDA GRANDE.

DASARON algunos días en la Hacienda grande en medio de la mas embarazosa indecisión para los convidados: todos los ánimos estaban abatidos y confusos, y en todas las bocas se mantuvo interminable el cuchicheo y el comentario, unas veces grave y edificante, otras mordaz y mal intencionado.

Las doncellas se creían con un derecho inalienable para escandalizarse, y parecían

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cade. 1625 BOUTERDEY, MEXICO

muy poco dispuestas á perdonar á Chona; los pollos solían lamerse los labios, formando corrillos misteriosos, y más de uno hubo que, envidiando la suerte de Salvador, hubiera dado un ojo por ser el héroe de aquella historia.

Castaños, que como sabemos, era una de las gentes que «son así,» no se escandalizaba de nada: como había vivido en la alta sociedad, ¿qué no habría visto Castaños?

De manera, que no suspendió su risa socarrona ni su aire pulcro y suficiente, ni su locuacidad habitual.

—Mírese usted en ese espejo, le dijo á Carolina tratándose del fin de Chona.

—¿En ese espejo? contestó Carolina picada, no lo crea usted, Castaños; porque yo seré todo lo que se quiera, pero ¡dar una campanada! ¡yo cuándo!

—Es que ya vé usted, hija; ya vé usted á Chona, ¡quién se hubiera atrevido á pensar mal!

—¡Ah! ya se vé, por de contado.

—No; yo lo decía, agregó Castaños, por-

que como el matrimonio es una cosa tan seria....

—Ya lo creo: de manera, que necesita usted pensarlo mucho.

—Lo tengo ya bien pensado.

Todavía más, dijo Carolina con profunda intención.

—¡Ah! quiere decir que nos hemos resfriado, ¿no hija?

—No; sino que como el matrimonio es una cosa tan delicada y tan seria....

—Pero eso no quiere decir que en tratándose de nosotros....

—De todos.

—Ya hemos convenido, agregó Castaños, en que cuando se ha llegado á cierta edad, el matrimonio se verifica entonces bajo condiciones mas favorables.

—Sin embargo, yo creo muy conveniente que nos vayamos muy poco á poco.

Esta conversación fué interrumpida por la noticia que circulaba ya por toda la casa, de que el día siguiente era por fin el fijado para regresar á Méjico.

—Por supuesto, gritó doña Refugio, que ya se habrá pensado en proporcionarnos una fuerte escolta, porque de lo contrario, nos vamos á ver expuestas nuevamente á otros asaltos: esto está infestado de ladrones, y si hasta ahora, por beneficio de Dios, hemos escapado con vida, ¿quién sabe si á tanto poner la ocasión?...

—Naturalmente, exclamó otra señora, yo estoy resuelta, á que si no nos acompañan cien hombres, no me muevo de aquí.

—Ni yo.

—Ni yo, ni yo, exclamaron las pollas y Anita.

—¿Qué dice usted, señor Castaños? preguntó doña Refugio.

—Que tienen ustedes razón; ese Gómez, si bien es cierto que en estos momentos lo persiguen por todas partes, no por eso sería nada remoto que volviera á salirnos en el camino.

—Porque lo debemos suponer picado, interrumpió Santibañez, porque ¡vaya si ha caminado con mala suerte!

—No ha de decir usted eso, interrumpió un pollo, sino que se le ha recibido en todas ocasiones como él no se esperaba.

—Cabal, agregó Santibañez acordándose de los cartuchos que había consumido en la defensa de la hacienda.

—Que el señor Castaños se encargue de averiguar esto de la escolta, dijo una polla.

—Me parece muy bien, dijo Anita.

—¡Qué cara está poniendo Castaños! agregó doña Refugio.

—Con razón, contestó Castaños, de considerar que voy á ser yo quien le vea primero la cara al señor don Carlos...

—Como que no se ha dejado ver de nadie.

—Hace bien, dijo doña Refugio, yo en su caso haría otro tanto.

—La cosa no es para menos, dijo Anita.

—¡Pobre Carlos! dijo Castaños.

—¡Pobre! repitió una polla.

—¡Pobre! es verdad, ¡pobre! dijo Anita.

—En fin, ya hemos quedado en que no hemos de hablar de esto.

—Eso es, lo pactado, pactado, dijo Anita que era la que siempre se olvidaba del pacto.

Fué Castaños á cumplir su misión cerca de Carlos; tocó suavemente á la puerta, pero no le respondieron.

Esperó un momento, volvió á tocar, y hasta la tercera vez fué cuando oyó la voz de Carlos que dijo:

—¿Quién?

—Yo, Castaños, sólo un momento.

Se abrió la puerta.

—Pase usted, Castaños, le dijo Carlos, tome usted asiento.

—Gracias, señor; tal vez he sido importuno.

—Al contrario, se apresuró á decir Carlos, precisamente iba á mandarle llamar.

—Entonces, celebro haber venido.

Carlos volvió á sentarse al frente de su mesa de escribir, en la que había una gran cantidad de papeles y libros de comercio.

Á pesar de la aparente tranquilidad de Carlos, se conocía que estaba atravesado

por uno de esos sufrimientos concentrados y prolongados que no pueden disimularse.

Carlos estaba mas pálido que de ordinario, y á pesar de su aseo habitual, tenía ese no sé qué que se nota en una persona que se ha desvelado.

Carlos no había vuelto á cambiarse ropa, circunstancia muy á propósito para ser notada por el pulcro de Castaños, quien con el ojo del elegante, vió, apenas hubo proferido Carlos las primeras palabras, que los cuellos de la camisa de éste estaban ajados, y que había en todo su conjunto las señales inequívocas de continuas vigiliass.

—Castaños, dijo de repente Carlos, después de haber estado concentrado por cortos momentos, me vuelvo á Europa.

Castaños recibió esta noticia como aquél á quien le dicen una cosa que ya sabía.

—Y vendo todas mis propiedades.

—Muy bien, señor don Carlos; ¿vá usted á dar otro paseo?

--Sí.

Y luego agregó mal afectando indiferencia.

—Es preciso.

—Pues si en algo me cree usted útil.

—Precisamente: usted ha sido un buen amigo de mi casa.... un amigo fiel, agregó luego, y por lo tanto, debo al manifestar á usted mi gratitud, encomendarle algunos asuntos.

—Los que usted guste, señor don Carlos, ya sabe usted que.....

—Como he tenido siempre arreglados mis asuntos, he tenido relativamente poco que hacer para zanjar las dificultades consiguientes á un cambio tan radical de situación. A usted voy á dejar algunos encargos: precisamente estaba terminando un pliego de instrucciones que leerá usted á su llegada á México.

—¿Se queda usted en la hacienda?

—Sí, al menos por algunos días.

—¿Solo?

—Solo.

—Pero señor.....

—Siento en el alma no despedirme de nuestros buenos amigos, especialmente de

las señoras; pero... qué quiere usted, he dado en gustar de la soledad, y como desde el primer momento esta fué mi conducta, me he propuesto seguir; al menos este sistema me evita que me vean, que me estudien. Yo sé muy bien todo lo que se levanta en derredor mío, todo es malo: la compasión es tan humillante como la risa, y la indiferencia tan amarga como el disimulo, yo «soy así» nada me sorprende, yo á mi vez, he sido comentador, he sido testigo, he formado parte de ese corrillo que rodea á las víctimas, cuyo papel, por otra parte, es lo mas detestablemente insípido que se conoce. Estoy persuadido de que en esta vida hay una justicia que no puede menos que reinar á nombre de la justicia eterna; esto lo sé, Castaños, porque lo palpo á todas horas, porque lo corroboro á cada nueva circunstancia: todo se paga, Castaños, todo se paga.

—¿Ha cometido usted alguna falta en su juventud? repárela usted Castaños, la reparación á tiempo suele aplacar á la justicia,

que tarde tal vez, pero siempre, llega á liquidar nuestras cuentas: ¿tiene usted una deuda? páguela, porque el mundo moral propende al saldo y los acreedores de nuestras faltas conservan sus cuentas á cobrar, y alguna vez nos obligan á la bancarrota: esto no tiene nada de irregular, el mundo así está organizado: si así no fuera, hoy no tendría esta convicción que hace tres días me está reorganizando.

Me ocupo de liquidar, siempre es bueno liquidar, Castaños, antes del balance general.

—Al separarnos para siempre...

—¿Para siempre? repitió Castaños conmovido.

—Sí. El hombre tiene en sus manos este precioso poder, transportarse, implantarse: el encadenamiento es el más grande de los suplicios. Atar á un hombre al poste de su situación, es un tormento que apenas el Dante se atrevería á inventar; por eso vuelo, y al implantarme en nuevo escenario, dejo mis tumbas y mis cunas á la respec-

ta distancia de un mar, y empiezo una nueva vida.

Me ha venido la idea de ser millonario, la bolsa me está tentando como si fuera un niño, voy á ser atrevido y á apostarle al destino mi cabeza. ¿No le parece á usted, Castaños, que este precioso adminículo del hombre vale á veces menos de lo que pudiera valer otra de palo? la mía, por ejemplo, me está pareciendo que puedo colocarla en la categoría de las chácharas inútiles...

Reinó en seguida un largo silencio, durante el cual, inventaba Castaños la manera de romperlo.

Abrióse una puerta, contraria á aquélla por donde había entrado Castaños, y entró un dependiente que traía unas cartas: las entregó respetuosamente á Carlos y desapareció.

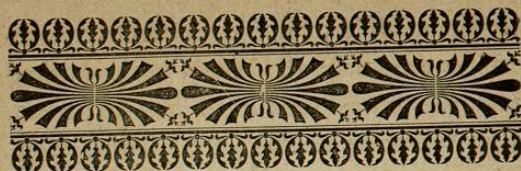
Carlos rompió uno tras otro los sobres, y leyó con cierta precipitación que no pudo disimular.

—Era preciso: no parecen: ¡que no parecen! el mundo entero está ocupado en

buscar un alfiler, y no lo encuentra: todo esto es muy natural. Cuando yo lo busqué personalmente, lo encontré: hoy no parece.

Castaños oía atentamente á Carlos, y sin interrumpirlo; pero en realidad, le habían hecho profunda impresión sus palabras, porque la amargura de Carlos era profunda y concentrada, y en su lucha por dominarse, conseguía siempre terminar sus períodos con una sonrisa.

Habló largamente con Castaños acerca de sus asuntos, le dió muchas órdenes, le hizo algunos encargos importantes, y enseguida se despidió, no sin ofrecerle á Castaños que no sería aquella la última ocasión que se viesen.



CAPÍTULO X.

LA JUSTICIA.

A corta distancia del pueblo en que vivía don Santiago, había una pequeña venta y mesón de arrieros, que según expresión de los vecinos, era y había sido desde tiempo inmemorial, abrigadero de ladrones.

El prefecto de entonces, que según el mismo don Máximo decía, era hombre astuto y entendido, había fijado ya su atención en aquella venta, y discurría los medios